

LAS OLAS

VIRGINIA WOOLF

LAS OLAS

Traducción de Dámaso López



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Waves*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: Stockphoto.com/PATRICK LAVERDANT

Primera edición: abril de 2012

Primera reimpresión: julio 2016

© The Estate of Virginia Woolf, 1931

© de la traducción revisada: Dámaso López García, 2012

© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1723-7

Impreso en Liberduplex

Depósito legal: B-10.515-2012

Impreso en España

Aún no se había levantado el sol. No se distinguía el mar del cielo, exceptuadas unas tenues líneas que mostraba el mar, como un paño con arrugas. Poco a poco, al clarear el cielo, aparecía una línea oscura en el horizonte y dividía mar y cielo y se llenaba el paño gris de surcos de gruesos trazos que se movían, uno tras otro, bajo la superficie, siguiéndose, persiguiéndose unos a otros, perpetuamente.

Al acercarse a la orilla, cada línea se elevaba, crecía, rompía y barría la arena con un leve velo de agua blanca. La ola hacía una pausa y volvía de nuevo, suspirando como quien duerme y cuyo aliento va y viene de forma inconsciente. Poco a poco se iluminaba la línea oscura del horizonte, como si los posos de una vieja botella de vino hubieran desaparecido y solo quedara el verde vidrio. Detrás, a la vez, también el cielo se despejaba, como si hubieran desaparecido de él los posos blancos o como si hubiese levantado una luz el brazo de una mujer tendida bajo el horizonte y se extendiesen por el cielo unas varillas blancas, verdes y amarillas, en forma de abanico. Después ella levantaba aún más la lámpara, y el aire parecía volverse fibroso y alejarse con prisa de la superficie verde mediante hebras amarillas y rojas que llameaban y brillaban como fuego humeante que ardiera en la hoguera. Poco a poco, se fundían las hebras de la hoguera en una bruma naranja,

en una incandescencia que levantaba el peso del cielo gris de lana por encima de ella y lo convertía en un millón de átomos de color azul pálido. Poco a poco, la superficie del mar se volvía transparente y se quedaba haciendo ondas y destellando hasta que las líneas oscuras casi se borraban. Poco a poco, el brazo que sostenía la luz la levantaba más y más arriba, hasta que se veía una clara llama; ardía un arco de fuego en la curva del horizonte y, debajo de él, el mar se incendiaba de oro.

Llegó la luz a los árboles del jardín; la luz hacía transparente una hoja tras otra. Trinaba un pájaro en lo alto, había una pausa, trinaba otro más abajo. El sol dibujaba los muros de la casa y descansaba como el extremo de una varilla sobre una blanca persiana que dejaba una huella dactilar azul de sombra debajo de la hoja de la ventana del dormitorio. La persiana se agitaba de forma casi imperceptible, pero en el interior todo era oscuro e insustancial. En el exterior, los pájaros cantaban una melodía inexpresiva.

—Veo un anillo —dijo Bernard—, cuelga sobre mí. Tiembla, está suspendido de un bucle de luz.

—Veo una pieza de color amarillo pálido —dijo Susan—, se extiende lejos, hasta que se reúne con una cinta de color púrpura.

—Oigo un sonido —dijo Rhoda—, chipi, chip, chipi, chip, sube y baja.

—Veo un globo —dijo Neville—, cuelga como una gota ante la enorme falda de una colina.

–Veo una borla carmesí –dijo Jinny– trenzada con hilos de oro.

–Oigo un golpe –dijo Louis–. La mano de un enorme animal encadenado. Golpea, golpea, golpea.

–Ved la telaraña en la esquina del balcón –dijo Bernard–. Tiene gotas de agua, gotas de luz blanca.

–Se han agolpado las hojas alrededor de la ventana, parecen orejas puntiagudas –dijo Susan.

–Cae una sombra en el camino –dijo Louis–, parece un codo.

–Nadan en la hierba islas de luz –dijo Rhoda–. Descienden desde los árboles.

–Entre los túneles que forman las hojas brillan los ojos de los pájaros –dijo Neville.

–Los tallos están cubiertos de pelos cortos e hirsutos –dijo Jinny–, se les han adherido gotas de agua.

–Esa oruga enroscada parece un anillo verde –dijo Susan–; las patitas parecen muescas.

–Cruza el camino el caracol de concha gris, tumba la hierba tras él –dijo Rhoda.

–Desde los cristales, destellan luces ardientes entre las hierbas –dijo Louis.

–Siento el frío de las piedras en los pies –dijo Neville–. Las siento todas por separado, redondas o puntiagudas.

–Me arde el dorso de la mano –dijo Jinny–, pero tengo la palma pegajosa y húmeda de rocío.

–El gallo canta ahora como si su canto fuera un

sólido chorro de agua de color rojo en la marea blanca –dijo Bernard.

–Se mueven de aquí para allá los pájaros, cantan alrededor de nosotros –dijo Susan.

–El animal da golpes, es el elefante con la mano encadenada; el enorme animal de la playa da golpes –dijo Louis.

–Ved la casa –dijo Jinny–, con las persianas bajadas todas las ventanas son blancas.

–Empieza a salir agua fría del grifo del fregadero –dijo Rhoda–, cae sobre la caballa en el cubo.

–Hay grietas de oro dibujadas sobre los muros –dijo Bernard–, bajo las ventanas hay sombras de hojas de color azul con forma de dedos.

–Mrs. Constable se sube las gruesas medias negras –dijo Susan.

–Cuando el humo se eleva, los sueños se rizan en el tejado, como una niebla –dijo Louis.

–Al principio los pájaros formaban un coro al cantar –dijo Rhoda–. Se abre la puerta del fregadero. Echan a volar. Echan a volar como semillas arrojadas a voleo. Sin embargo, hay uno que canta solo en la ventana del dormitorio.

–Se forman burbujas en el fondo de la cazuela –dijo Jinny–. Suben, cada vez más deprisa, como una cadena de plata que llegara a la superficie.

–Sobre la tabla, Billy escama el pescado con un cuchillo dentado –dijo Neville.

–La ventana del comedor es de color azul oscuro

ahora –dijo Bernard–, el aire se convierte en ondas sobre las chimeneas.

–Una golondrina se posa sobre el pararrayos –dijo Susan–. Bidy ha dejado caer de golpe el cubo sobre las baldosas de la cocina.

–El primer toque de la campana de la iglesia –dijo Louis–. Ahora los demás: uno, dos, uno, dos, uno, dos.

–Mira, vuela el blanco mantel sobre la mesa –dijo Rhoda–. Ahora hay círculos de porcelana blanca y líneas de plata junto a cada plato.

–De repente, zumba una abeja junto a mi oído –dijo Neville–. La oigo, dejo de oírla.

–Me abraso –dijo Jinny–, huyo del sol, me voy a la sombra.

–Se han ido –dijo Louis–. Estoy solo. Han entrado en casa a desayunarse, me he quedado de pie junto a la tapia, entre las flores. Es muy temprano, es antes de las clases. Apunta una flor tras otra en la espesura verde. Los pétalos son arlequines. Se yerguen los tallos desde los negros hoyos de abajo. Las flores nadan como peces de luz sobre las aguas oscuras de color verde. Tengo un tallo en la mano. Soy el tallo. Mis raíces se hunden en las profundidades del mundo, a través de la tierra seca como barro cocido, de la tierra húmeda, a través de las vetas de plomo y plata. Soy todo fibra. Me sacuden todos los temblores, el peso de la tierra me oprime las costillas. Aquí arriba mis ojos son verdes hojas, ciegos. Soy un niño vestido de franela gris con un cinturón abrochado con

una hebilla que es una serpiente de bronce. Allá abajo mis ojos son los ojos sin párpados de una figura de piedra en el desierto junto al Nilo. Veo pasar camino del río a mujeres con cántaros rojos, veo camellos que se balancean, hombres con turbantes. Oigo pisadas, temblores, agitación alrededor de mí.

»Aquí arriba, Bernard, Neville, Jinny y Susan (pero no Rhoda) peinan los macizos de flores con los cazamariposas. Prenden mariposas en las vencidas cabezas de las flores. Cepillan la superficie del mundo. Las redes están llenas de alas enfurecidas. “¡Louis!, ¡Louis!, ¡Louis!”, gritan. Pero no pueden verme. Estoy al otro lado del seto. Sólo hay mirillas diminutas entre las hojas. Ay, Señor, que pasen. Señor, que extiendan las mariposas en un pañuelo sobre la grava. Que canten los nombres de las mariposas de los olmos, de las vulcanas y de las blancas de la col. No quiero que me vean. Soy verde como tejo a la sombra del seto. Mi pelo son hojas. Estoy arraigado en el centro de la tierra. Mi cuerpo es un tallo. Oprimo el tallo. Una gota rebosa por el orificio de la boca y, poco a poco, se espesa, se hace más y más grande. Algo de color rosa pasa ante la mirilla. Una mirada se introduce a través de la rendija. Se detiene en mí. Soy un niño con un traje de franela gris. Ella me ha hallado. Recibo un golpe en el cuello. Me ha besado. Todo se conmociona.

—Iba corriendo —dijo Jinny— después del desayuno. Vi unas hojas que se movían en un hueco del seto. Pensé: «Es un pájaro en el nido». Las aparté y

miré, pero no había pájaro ni había nido. Las hojas seguían moviéndose. Me asusté. Pasé corriendo por delante de Susan, Rhoda, Neville y Bernard, que hablaban en la caseta de las herramientas. Lloraba mientras corría, más y más rápido. ¿Qué movía las hojas?, ¿qué mueve mi corazón, mis piernas? Vine volando aquí, te vi de color verde, como un arbus-to, Louis, como si fueras una rama, muy quieto, Louis, con los ojos fijos. «¿Estará muerto?», pensé y te di un beso, con el corazón saltando bajo mi vestido de color rosa; saltaba el corazón como las hojas, que si-guen moviéndose, aunque no haya nada que las mue-va. Ahora huelo los geranios, huelo el mantillo. Bai-lo. Me muevo como una onda. Caigo sobre ti como un cazamariposas de luz. Permanezco derribada so-bre ti, temblando.

—Por el claro del seto —dijo Susan— vi que ella lo besaba. Levanté la cabeza del tiesto y miré por el cla-ro del seto. La vi darle un beso. Los vi besándose, Jin-ny y Louis. Esconderé mi agonía en un pañuelo. Lo estrujaré hasta que se convierta en una bola. Me iré sola al hayedo, hasta la hora de las clases. No me sen-taré a la mesa a hacer sumas. No voy a sentarme jun-to a Jinny y junto a Louis. Me llevaré mi angustia y la dejaré junto a las raíces de las hayas. La examinaré y la extenderé entre los dedos. No me hallarán. Co-meré avellanas, buscaré huevos entre las zarzas, se me enredará el pelo, dormiré al otro lado de los setos, be-beré agua de los arroyos y me moriré allí.

—Acaba de pasar Susan —dijo Bernard—, acaba de pasar por la puerta de la caseta de las herramientas con un pañuelo estrujado y hecho una bola. No lloraba, pero los ojos, tan hermosos, parecían rendijas, como los ojos de un gato que se dispusiera a saltar. Voy a seguirla, Neville. Iré tras ella con cuidado, para estar a mano, con mi curiosidad, para consolarla cuando estalle en cólera y piense: «Estoy sola».

»Ahora camina por el campo con movimiento regular, con indiferencia, para engañarnos. Llega a la cuesta, cree que nadie la ve; echa a correr con los puños cerrados, con los brazos extendidos. Hince las uñas en el pañuelo arrugado. Se dirige al hayedo, fuera de la luz. Extiende los brazos al llegar. Entra en la sombra como un nadador. Pero la ciega la falta de luz, da unos pasos rápidos y se deja caer junto a las raíces de los árboles, donde la luz parece respirar: dentro y fuera, dentro y fuera. Se mueven las ramas arriba y abajo. Hay agitación y problemas aquí. Está oscuro. La luz es intermitente. Hay angustia aquí. Las raíces componen un esqueleto sobre el suelo, con montones de hojas secas en los rincones. Susan ha desplegado su angustia. Yace el pañuelo entre las raíces de las hayas; ella solloza, hecha un ovillo, donde se ha dejado caer.

—Vi cómo ella le daba un beso —dijo Susan—. Miré entre las hojas y la vi. Bailaba salpicada de deslumbrante polvo de diamantes. Soy bajita, Bernard, soy pequeña. Mis ojos miran al suelo, distingo los insec-

tos en la hierba. La celosa alegría de mi corazón se petrificó cuando vi a Jinny besar a Louis. Comeré hierba, me moriré en una zanja de agua oscura en la que se pudran las hojas muertas.

—Te vi salir —dijo Bernard—. Al pasar ante la puerta de la caseta de las herramientas, te oí gemir: «Qué desgraciada soy». Dejé la navaja. Tallaba barcos de madera con Neville. Llevo el pelo enredado, porque, cuando Mrs. Constable me dijo que me peinara, había una mosca en una telaraña; me pregunté: «Debo liberar la mosca? ¿Debo permitir que se la coman?». Siempre llego tarde. Estoy despeinado y tengo virutas de madera en el pelo. Te seguí, cuando te oí llorar, y vi cómo tirabas al suelo el pañuelo estrujado con tu ira y con tu odio. Eso acabará pronto. Nuestros cuerpos están cerca. Me oyes respirar. Ves el escarabajo que carga con una hoja en la espalda. Va de acá para allá, de forma que, mientras contemplas el escarabajo, tu deseo de poseer una sola cosa (ahora es Louis) debe extraviarse, como la luz que sorteas las hojas del haya; las palabras, moviéndose de forma oscura, en lo profundo de tu mente, desharán el fuerte nudo del pañuelo.

—Amo y odio —dijo Susan—. Deseo una sola cosa. Mi mirada es firme. Los ojos de Jinny se dividen en mil luces. Los de Rhoda son como esas flores pálidas a las que las mariposas nocturnas se acercan todas las noches. Los tuyos están siempre a punto de desbordarse, pero no lloras. Sin embargo, soy tenaz en la

búsqueda. Veo insectos en la hierba. Aunque mi madre todavía teja calcetines blancos para mí y delantales con dobladillos y sea una niña, amo y odio.

—Pero cuando nos sentamos juntos, cerca —dijo Bernard—, nos fundimos juntos en las frases. Nos perfila la niebla. Creamos un territorio insustancial.

—Veo el escarabajo —dijo Susan—. Es negro, lo veo; verde, lo veo; estoy atada a palabras únicas. Pero tú, con las palabras y con las palabras de las frases, divagas, te escapas, te elevas.

—Exploremos —dijo Bernard—. Está la casa blanca entre los árboles. Está allí, siempre lejos y debajo de nosotros. Nos hundiremos, como los nadadores que sólo tocan el suelo con la punta de los dedos de los pies. Hundámonos en el aire verde de las hojas, Susan. Hundámonos al correr. Las olas se cierran sobre nosotros, las hojas de las hayas nos cubren la cabeza. Está el reloj de la torre con sus manecillas brillantes. Está la anchura y altura de los tejados de la casa grande. El mozo del establo, con sus botas de goma, hace ruido en el patio. Eso es Elvedon.

»Hemos caído a tierra desde las copas de los árboles. Ya no nos cubren las largas y desdichadas olas de color púrpura. Tocamos tierra, caminamos por el suelo. Ése es el recortado seto del jardín de las damas. Por él caminan ellas al mediodía, con tijeras; cortan rosas. Estamos en el bosque circular rodeado por una tapia. Esto es Elvedon. He visto señales en el cruce de caminos con un indicador en el que se leía: “A Elvedon”.

Nadie ha estado allí. Hay un fuerte olor a helechos, bajo ellos crecen setas rojas. Despertamos del sueño a unas cornejas que nunca habían visto una forma humana, caminamos sobre podridas agallas de roble, ya rojas, resbaladizas. Hay una tapia circular que encierra el bosque, nadie viene aquí. ¡Escucha! Eso es el salto de un sapo gigante en el sotobosque; eso, el ruido de la piña de un abeto primordial que cae para pudrirse entre los helechos.

»Pisa sobre este ladrillo. Mira por encima del muro. Eso es Elvedon. Una dama se sienta entre dos altas ventanas, escribe. Los jardineros barren el césped con escobones. Somos los primeros en venir aquí. Somos los descubridores de una tierra desconocida. No te muevas. Si nos vieran los jardineros, nos dispararían. Nos clavarían a la puerta del establo, como armiños. ¡Cuidado! No te muevas. Sujétate con fuerza a los helechos sobre la tapia.

–Veo a la dama que escribe. Veo a los jardineros que barren –dijo Susan–. Si muriéramos aquí, nadie nos enterraría.

–¡Corramos! –dijo Bernard–. ¡Corramos! ¡Nos ha visto el jardinero de la barba negra! ¡Disparará! ¡Disparará contra nosotros como si fuéramos arrendajos!, luego nos clavarán en la tapia. Estamos en un país hostil. Debemos huir al hayedo. Hay que esconderse entre los árboles. Dejé una rama al venir. Hay un camino secreto. Agáchate todo lo que puedas. Sigue sin mirar atrás. Pensarán que somos zorros. ¡Corramos!

»Nos hemos salvado. Ya podemos ponernos en pie. Podemos estirar los brazos bajo este alto dosel, en este bosque inmenso. No oigo nada. Eso es sólo el murmullo de las olas en el aire. Eso es una paloma torcaz que se escapa entre las copas de las hayas. La paloma se mueve en el aire, bate el aire con alas torpes.

—Te vas —dijo Susan—, haces frases. Ascienes por el aire como la cuerda de un globo que hubieran soltado, cada vez más alto, entre las tupidas hojas, inalcanzable. Te detienes. Tiras de mi falda, miras hacia atrás, haces frases. Has huido de mí. Aquí está el jardín. Aquí está el seto. Aquí está Rhoda, en el camino, meciendo pétalos en la vasija de color castaño.

—Todos mis barcos son blancos —dijo Rhoda—. No quiero pétalos rojos de malvas o geranios. Quiero pétalos blancos que floten cuando mueva la vasija. Mi flota ahora navega de una orilla a otra. Dejo caer una ramita que sea una balsa a la que pudiera subir un marinero que se estuviera ahogando. Dejo caer una piedra para ver cómo suben las burbujas desde el fondo del mar. Se ha ido Neville, se ha ido Susan; Jinny está en la huerta recogiendo grosellas, quizás esté con Louis. Me queda poco tiempo de estar sola, mientras miss Hudson expone nuestros cuadernos sobre la mesa de la escuela. Tengo un pequeño espacio de libertad. He recogido todos los pétalos caídos y los he echado a nadar. En algunos he puesto gotas de agua. Voy a poner un faro aquí; aquí, una flor de aliso de mar. Ahora meceré la vasija de color castaño de un

lado a otro para que mis barcos puedan surcar las olas. Algunos se hundirán. Otros se estrellarán contra los acantilados. Uno navega solo. Es el mío. Navega hacia cavernas de hielo en las que ladra el león marino y las estalactitas mueven cadenas verdes. Las olas se elevan, se rizan sus crestas. Miro las luces en lo alto de los mástiles. Se han dispersado, se han hundido, todos excepto mi barco, que se sube a la cresta de la ola y corre ante la tormenta y llega a las islas donde los loros parlotean entre las enredaderas...

—¿Dónde está Bernard? —dijo Neville—. Tiene mi navaja. Estábamos en la caseta de las herramientas, hacíamos barcos; Susan pasó ante la puerta. Bernard dejó su barco y se fue tras ella, con mi navaja, la afilada, la que uso para hacer las quillas. Es como un cabo suelto, como la cadena rota que colgara de una campanilla, siempre moviéndose. Es como las algas tendidas en las ventanas, primero húmedas, luego secas. Me deja en la estacada, se va detrás de Susan; si Susan llora, se lleva mi navaja y le cuenta historias. La hoja grande es un emperador; la hoja rota, un negro. Detesto las cosas inconclusas, la cosas inciertas. No me gusta deambular y mezclar las cosas. Suena la campana, llegaremos tarde. Tenemos que dejar los juguetes. Tenemos que ir juntos. Los cuadernos están todos juntos en la mesa de tapete verde.

—No voy a conjugar este verbo —dijo Louis— hasta que Bernard lo haya hecho. Mi padre es banquero en Brisbane y hablo con acento australiano. Es-

peraré e imitaré a Bernard. Él es inglés. Todos son ingleses. El padre de Susan es un clérigo. Rhoda no tiene padre. Bernard y Neville son hijos de caballeros. Jinny vive con su abuela en Londres. Chupan el extremo de las plumas. Maltratan los cuadernos, miran de reojo a miss Hudson, cuentan los botones de color morado de su corpiño. Bernard tiene una viruta en el pelo. Susan tiene los ojos rojos. Ambos están sofocados. Soy pálido, pulcro; sujeto los pantalones con un cinturón con una hebilla en forma de serpiente de bronce. Me sé la lección de memoria. Sé más de lo que nunca sabrán todos ellos juntos. Me sé los casos y el género; podría saber todo si quisiera. Pero no quiero ser el primero para decir la lección. Mis raíces se enredan, como hilos en una maceta, dan vueltas y más vueltas al mundo. No quiero ser el primero y vivir bajo la mirada de este gran reloj, el de la esfera amarilla, con su tictac. Jinny y Susan, Bernard y Neville se han unido para fustigarme. Se ríen de mi pulcritud, de mi acento australiano. Ahora voy a tratar de imitar a Bernard cuando cecea delicadamente en latín.

—Son palabras blancas —dijo Susan—, como las piedras que se encuentran a la orilla del mar.

—Mueven las colas a derecha e izquierda cuando las pronuncio —dijo Bernard—. Mueven el rabo, lo levantan; se mueven en bandadas por el aire, así, de esta otra forma, de esta otra, están juntas, se desunen, se reúnen.

—Palabras amarillas, palabras ardientes —dijo Jinny—. Desearía un vestido ardiente, un vestido amarillo, un vestido leonado para llevar por la noche.

—Cada tiempo verbal —dijo Neville— posee un significado diferente. Hay un orden en el mundo, hay distinciones, hay diferencias en el mundo, en cuyo umbral estoy. Porque esto es sólo un comienzo.

—Miss Hudson —dijo Rhoda— ha cerrado el libro. Comienza el terror. Escribe números con la tiza, seis, siete, ocho, luego una cruz y una línea en la pizarra. ¿Cuál es la respuesta? Los demás miran, miran y comprenden. Louis escribe, Susan escribe, Neville escribe, Jinny escribe, incluso Bernard ha empezado a escribir. Pero yo no sé escribir. Veo únicamente cifras. Los demás entregan ya las respuestas, de uno en uno. Es mi turno. Pero no tengo respuesta. Dejan irse a los demás. Dan un portazo al irse. Miss Hudson se va. Me han dejado sola para que halle la respuesta. Las cifras no significan nada. El significado se ha ido. El reloj hace tictac. Las manecillas del reloj son caravanas que marchan a través de un desierto. Las marcas negras de la esfera del reloj son verdes oasis. La manecilla larga se ha adelantado para buscar agua. La otra tropieza dolorosamente con las piedras ardientes del desierto. Se morirá en el desierto. Dan un portazo en la cocina. A lo lejos ladran perros salvajes. Atención, el trazo del número comienza a llenarse de tiempo, contiene el mundo. Empiezo a dibujar un número que contiene el mundo y yo estoy fuera del círculo,

ahora me uno, así, lo sello, lo hago entero. El mundo está completo y yo estoy fuera de él, lloro: «¡Ay, que alguien me rescate, que no quiero quedarme para siempre fuera del tiempo!».

—Rhoda se ha quedado mirando fijamente la pizarra —dijo Louis—, en el aula, mientras paseamos, buscamos tomillo o arrancamos una hoja de abrótaño, mientras Bernard nos cuenta un cuento. Une los omóplatos en la espalda, como si fueran las alas de una mariposa pequeña. Se queda mirando las cifras de tiza, su mente se aloja en los círculos blancos, sale de los círculos blancos y salta al vacío, sola. No tienen ningún significado para ella. No tiene respuesta para ellos. No tiene un cuerpo como el de los demás. Yo, que hablo con acento australiano y mi padre es banquero en Brisbane, no la temo a ella como temo a los demás.

—Vamos a arrastrarnos —dijo Bernard— bajo el dosel de las hojas del grosellero, contémonos cuentos. Habitemos en el inframundo. Tomemos posesión de nuestro territorio secreto, iluminado por grosellas que parecen candelabros colgantes, de un vivo color rojo por un lado, negro por el otro. Jinny, si nos acurrucamos juntos, podemos sentarnos bajo el dosel de las hojas del grosellero y podemos ver cómo se balancean los incensarios. Éste es nuestro universo. Los otros pasean por el camino de carruajes. Las faldas de miss Hudson y de miss Curry se deslizan como apagavelas. Esos son los calcetines blancos de Susan. Esas

bonitas alpargatas firmemente asentadas en la grava son de Louis. Nos llegan olores de hojas en descomposición, de vegetación que se pudre. Estamos en una ciénaga, una selva de malaria. Hay un elefante al que los gusanos han vuelto de color blanco, lo ha matado una flecha que lo acertó en el ojo. Son evidentes los ojos brillantes de aves que dan saltos: águilas, buitres. Nos toman por árboles caídos. Se llevan un gusano —una cobra de anteojos— y lo dejan con una herida purulenta de color castaño para que jueguen con ella los leones. Éste es nuestro mundo, iluminado por lunas en cuarto creciente y luces como estrellas; grandes pétalos semitransparentes cierran las aberturas y se iluminan como ventanas de color púrpura. Todo es extraño. Las cosas son muy grandes y muy pequeñas. Los tallos de las flores son gruesos como robles. Las hojas son altas como las cúpulas de enormes catedrales. Aquí tumbados, somos gigantes, podemos hacer temblar los bosques.

—Esto es aquí —dijo Jinny—, esto es ahora. Pronto nos iremos. Miss Curry tocará el silbato. Nos iremos caminando. Nos separaremos. Te irás a la escuela. Tendrás profesores con cruces y lazos blancos. Tendré una maestra en la costa este, que se sentará bajo un retrato de la reina Alejandra. Ahí iré yo con Susan y Rhoda. Esto es sólo aquí, esto es sólo ahora. Ahora estamos tendidos bajo estos groselleros; cada vez que sopla el viento nos llena de lunares de luz. Mi mano parece la piel de una serpiente. Mis rodillas son islas

flotantes de color rosa. Tu cara parece un manzano bajo una red.

–Disminuye el calor –dijo Bernard– en la selva. Las hojas mueven alas negras sobre nosotros. Miss Curry ha hecho sonar el silbato en la terraza. Tenemos que salir reptando del refugio de las hojas del grosellero y ponernos en pie. Tienes ramitas en el pelo, Jinny. Tienes una oruga verde en el cuello. Debemos formar, de dos en dos. Miss Curry nos llevará a dar un paseo a paso ligero, mientras que miss Hudson se sienta en su escritorio a hacer las cuentas.

–Es aburrido –dijo Jinny–, pasear por la carretera sin ventanas a las que mirar, sin ojos legañosos de vidrio azul hundidos en las aceras.

–Debemos formar en parejas –dijo Susan– y caminar con orden, sin arrastrar los pies, sin quedarnos atrás; que Louis se ponga a la cabeza, para guiarnos, porque Louis está siempre atento y no piensa en las musarañas.

–Como se supone que soy demasiado delicado para ir con ellos –dijo Neville–, como me canso con facilidad y después caigo enfermo, utilizaré esta hora de soledad, el indulto de las relaciones, para navegar por las fronteras de la casa, para recobrar, si puedo, quedándome en la escalera, antes del rellano, lo que sentí cuando oí hablar del muerto, a través de las puertas batientes, cuando la cocinera metía y sacaba los reguladores del tiro de la chimenea. Lo encontraron degollado. Las hojas del manzano quedaron fijas en

el cielo, la luna deslumbraba, yo era incapaz de subir por la escalera. Lo encontraron en una cuneta. La sangre borbotaba en el sumidero. La mejilla era blanca como un bacalao muerto. Esta punzada y esta rigidez serán siempre para mí «la muerte entre los manzanos». Flotaban las nubes, de color gris claro, allí estaba el árbol inconsolable, el árbol implacable con sus ramas con la corteza de plata. Era inútil que mi vida siguiera. No pude seguir adelante. Había un obstáculo. «No puedo vencer este obstáculo ininteligible», dije. Los demás siguen adelante. Sin embargo, todos nosotros estamos condenados, nos condenan los manzanos, el árbol inconsolable que no podemos dejar atrás.

»La punzada y la rigidez ya no me molestan, seguiré estudiando las fronteras de la casa por la tarde, cuando se ponga el sol, cuando el sol dibuje manchas oleaginosas en el linóleo y se arrodille en la pared la luz fugitiva, haciendo que las sillas parezcan tener rotas las patas.

—Vi a Florrie en el huerto de casa —dijo Susan—, cuando volvíamos del paseo. La ropa lavada volaba en torno a ella: pijamas, ropa interior, camisones al viento. Ernest la besó. Llevaba el delantal verde y limpiaba la plata; él tenía la boca hundida como una bolsa con arrugas y la abrazó cuando el pijama se agitaba en el aire entre ellos. Estaba ciego como un toro, ella se desmayaba de angustia, sólo unas pequeñas venas rojas daban color a sus pálidas mejillas. Ahora, aunque pasen platos de pan con mantequilla y tazas de leche a la hora

del té, veo una fisura en la tierra y veo un vapor caliente que brota silbando y la tetera ruge como rugía Ernest y yo vuelo como volaba el pijama, aunque mis dientes encuentren el tierno pan y la mantequilla y yo libe la dulce leche. No me da miedo el calor ni el helado invierno. Rhoda sueña, chupa una corteza mojada en leche. Louis mira la pared de enfrente con ojos verdes de caracol. Bernard moldea el pan en forma de figuritas y las llama «gente». Neville, con sus formas precisas y decididas, ya ha terminado. Ha recogido la servilleta y la ha puesto en el servilletero de plata. Jinny hace girar los dedos en el mantel, como si bailaran a la luz del sol, haciendo piruetas. Pero no tengo miedo del calor ni del helado invierno.

—Ahora es cuando nos levantamos todos —dijo Louis—, todos en pie. Miss Curry abre el libro negro sobre el armonio. Es difícil no llorar cuando cantamos, mientras rezamos para que Dios cuide de nosotros cuando estemos dormidos, cuando decimos que somos niños. Cuando estamos tristes y temblamos de miedo es bueno que cantemos juntos, que nos apoyemos, yo en Susan, Susan en Bernard, cogidos de las manos, con miedo; yo, de mi acento; Rhoda, de los números. Pero decididos a triunfar.

—Subimos atropellándonos, como potros —dijo Bernard—, pateando, haciendo ruido mientras guardábamos turnos para entrar en el baño. Nos dábamos golpes, luchábamos, saltábamos en las duras, blancas camas. Ahora me toca a mí. Entro.

»Mrs. Constable, con la toalla de baño ceñida al cuerpo, coge la esponja de color limón y la empapa en agua; ésta se vuelve de color chocolate, gotea, Mrs. Constable la sujeta en lo alto y aprieta. El agua discurre por mi columna vertebral. Sensaciones como flechas se disparan a cada lado. Estoy cubierto de cálida carne. Se humedecen mis reseca grietas, se calienta el cuerpo frío, estoy empapado y lustroso. Desciende el agua y me envuelve como si fuera una anguila. Me envuelven con toallas calientes; la aspereza, al frotarme la espalda, hace que exprese mi satisfacción con un ronroneo. En el techo de mi mente se forman sensaciones fuertes y ricas; descende como una ducha el día de hoy: el bosque, Elvedon, Susan y la paloma. Desbordan los recuerdos las paredes de mi mente, se van juntos, el día descende abundante, resplandeciente. Dejo el pijama desceñido y me tumbo bajo esta leve sábana que flota en la luz poco profunda que es como una película de agua que cubriera mis ojos como si fuera una ola. A través de la ola oigo, a lo lejos, débil y lejano, el coro que comienza a cantar, ruedas, perros, hombres que gritan, campanas de la iglesia, el coro que comienza a cantar.

—Al doblar el vestido y la camisa —dijo Rhoda—, aplazo mi imposible esperanza de querer ser Susan, de querer ser Jinny. Alargaré los dedos de los pies hasta tocar los barrotes del extremo de la cama. Tendré la certeza, al tocar los barrotes, de que hay algo duro. Ya no puedo hundirme, ya no puedo caer a través de esta del-

gada sábana. Me tiendo sobre el frágil colchón y permanezco suspendida. Estoy sobre la tierra. No estoy erguida, para que me golpeen o me hagan daño. Todo es suave, flexible. Las paredes y los armarios se vuelven blancos e inclinan sus rectángulos amarillos de la parte superior en los que destella un vidrio pálido. Mi mente puede desbordarse fuera de mí. Puedo pensar en mis armadas que navegan con velas desplegadas. Se me dispensa de los contactos rudos, de las colisiones. Navego sola bajo acantilados blancos. ¡Ah, pero me hundo, caigo! Aquello es la esquina del armario; aquello, el espejo del cuarto de los niños. Sin embargo, se estiran, se alargan. Me hundo en las negras plumas del sueño, sus gruesas alas oprimen mis ojos. Al viajar por la oscuridad, veo los alargados macizos de flores, Mrs. Constable sale corriendo desde el rincón de hierba de la Pampa para decirme que mi tía ha venido a buscarme en un carruaje. Subo, me escapo, salto sobre las copas de los árboles con mis zapatos con muelles en las suelas. He caído en el carruaje en la entrada, donde está sentada mi tía, que asiente con la cabeza, con plumas amarillas, y me mira con ojos duros como canicas de cristal. ¡Ah, despertarse de un sueño! Cuidado, ahí está la cómoda. Quiero salir de estas aguas. Pero se cierran sobre mí, me arrastran sobre sus hombros poderosos, doy vueltas, me zarandean, estoy tumbada, entre estas largas luces, estas largas olas, estos caminos interminables, con gentes que corren, que corren.